

Julia entró en la estancia: estaba vestida de blanco: una ligera corona, también de rosas blancas, sostenía su velo, y en medio de la luz espléndida de una mañana de junio, apareció como un espíritu celeste que iba á librar á aquella alma que sufría. Cora le tendió los brazos por un último esfuerzo.

—Vos, señorita, vais á recibir á Dios, y yo voy á verlo,—le dijo.—El os bendecirá por todo lo que habéis hecho por vuestra pobre servidora; ¡cuando esté en el cielo, siempre, siempre rogaré por vos!...

—No pudo proseguir. Julia, conmovida, le dijo en voz baja:

—¡Cora! ¡ruega allá arriba por papá y mamá!...

Las alegres campanas del Buen Pastor sonaban y llamaban á la niña á la sagrada mesa, Julia se despidió por última vez de la moribunda y se alejó con madama de Villiers.

Cuando volvieron á casa, conmovidas y dichosas, Cora había exhalado el último suspiro, auxiliada por la señorita Esther y consolada por su confesor.

X.

La adolescencia.

Algunas semanas después de lo que dejamos narrado, Carolina escribía á su amiga de Borbón, con quien no había cesado de tener correspondencia, la siguiente carta:

Angeres, 2 agosto de 18...

Mi siempre amada Laurencia: Tu amistad no se cansa de buscarme en el fondo de mi retiro: quieres saber lo que hago, lo que soy en el día, lo que hace y es Julia, y me animas á que te escriba de una manera que no puede ser más dulce para mí, hablándome de tu familia y de tu querida vida doméstica, tan afectuosa y tan animada.

¿Desearías pues, que yo viviese todavía en Borbón? ¡Ah! estoy ahí con frecuencia por el pensamiento! Mas permíteme que á mi vez te atraiga hácia Francia, á mi soledad que conoces tan bien y en la que me sigues con los ojos del corazón. Desde que te he escrito, hemos tenido penas y alegrías. Mi fiel Cora no es ya de este mundo; ha sucumbido á una enfermedad de lan-

guidez, cuyos progresos han sido en los últimos días de su existencia extraordinariamente rápidos.

Julia ha hecho su primera comunión; ella ha cuidado, consolado é instruído á Cora; ella, en fin, la ha preparado á morir. ¡Sí! esta criatura, que sabe apenas lo que es la muerte, ayudó á Cora en ese trance terrible; le hablaba del cielo con tanto encanto y de Dios con tanto amor, que le transmitió el deseo del cielo y el amor de Dios. Y esta buena obra, inspirada por su corazón tan amante, la ofrecía como una preparación para el santo banquete, al cual aspiraba con todas las fuerzas de su alma. Tú eres madre, mi querida Laurencia, y comprenderás la impresión profunda que hacen en mí las nacientes virtudes de mi hija: ¿no estás tú también orgullosa de tu Elisa?

¡Tu Elisa! ¿creerás que la envidio? Esto te asombra, sin duda, y oigo que me dices:

—Tienes una hija buena, encantadora, amante, y envidiada de las hijas de las otras madres!

Laurencia, lo que yo envidio á tu hija es la familia que la rodea, es el padre que le dará el brazo el día en que por primera vez aparezca en el mundo; es la consideración social que rodea vuestro nombre y el respeto público que se inclina ante la inalterable y fuerte unión de todos los tuyos; una sombra pesa siempre sobre la mujer separada de su marido, y esta sombra cae también sobre la inocente cabeza de su hija; la niña y la mujer tienen necesidad de un apoyo, de una protección... ¿Quién nos protegerá?

Estos pensamientos me entristecen con frecuencia. Yo no puedo rehacer mi pasado; no puedo decir tampoco que si mi suerte estuviera aún en mi poder, obraría ya de otro modo. Sin embargo, si hubiera reflexionado más en el porvenir que se preparaba para Julia, quizá, sí, quizás hubiera humillado mi altivez á su futura dicha.

¡Qué cosa tan implacable es el pasado, mi querida Laurencia! ¿Y qué hacer contra lo irreparable, sino confiarlo á Dios para que El lo perdone, y para que su dulce Providencia repare los errores de nuestra pobre naturaleza?

Esto es lo que trato de hacer: en mis penas, en mi soledad, me he sentido atraída hácia las ideas religiosas, por las que he sentido siempre un grande respeto; el ejemplo de mi amiga mademoiselle de la Rochette, el perfume que la dulce piedad de Julia esparce en torno suyo, me han conquistado y procuro seguir las en la vía por donde marchan con paso tan seguro y tan alegre. Abro mi corazón herido á Dios; le ruego que me perdone el haberme faltado en los días malos la paciencia; yo le confío mi hija y le pido que sea todo para ella; padre, amigo, guía, protector, y que se digne darle un día la felicidad que su madre no ha conocido.

Ya lo ves, querida amiga; mi vida vuela dichosa sobre un fondo de tristeza; pero tu amistad, la presencia de mi adorada hija, la fuerza y la dulzura de nuestra religión me sostienen y me dan lo que no he tenido nunca; la serenidad; no deseo ninguna otra dicha que la de Ju-

lia; que ella esté contenta y que yo la vea, esto me basta.

En este instante se halla en Caen y al lado de su padre, ausencia siempre penosa para mí, aunque no tenga ninguna inquietud acerca de sus sentimientos: me escribe con frecuencia; pero sus cartas, afectuosas como ella, son cortas. Es verdad que á su edad no se sabe aún espresar lo que se siente; el corazón late con energía; pero la pluma corre con lentitud. Algunas veces imagino que ya comprende lo que su situación tiene de triste y de excepcional... ¡Ay! sería demasiado pronto.

Adios, mi bien amada Laurencia, te envío una caja de libros. Ya verás que van sobre todo dedicados á tu Elisa, á la que abrazo con todo mi corazón. Escíbeme y cree en la fiel é inalterable afeción de tu amiga,

CAROLINA DE VILLIERS.

Las cartas de Julia eran cortas, en efecto, porque se hallaban en la imposibilidad de decirlo todo. El año que acababa de pasar había desenvuelto en ella la facultad de reflexionar y el espíritu de observación; no era ya la niña que sólo comprendía una cosa; si se le amaba ó no; no tenía otro cuidado que el de responder al amor con amor y con caricias á las caricias; siempre amaba lo mismo, pero penetraba más en el fondo de lo que la rodeaba, y la alegría acompañara rara vez á la penetración. Los que saben los tristes secretos del hogar son poco propen-

tos á reír. Así Julia, á pesar de la acogida tierna que había recibido, no había podido menos de conocer que su padre parecía un poco preocupado, que la salud de su abuela no era buena y que Jorge mismo tenía un aire sério y algunas veces melancólico. No osaba preguntar á nadie; pero se preguntaba constantemente lo que podría causar su pena y escrutaba los rostros de sus padres con la mirada inquieta del cariño.

Su abuela la tenía casi siempre á su lado y le había confiado de nuevo las funciones de ama de casa. Julia la secundaba con alegría; iba, venía, arreglaba, ordenaba, y los criados hallaban muy dulces las órdenes de aquella voz joven y siempre indulgente; pero Julia se admiraba de que su abuela, tan vigilante y tan activa, olvidase así sus derechos.

Ya no se veía á madama de Villiers aparecer en los cuatro puntos cardinales de la casa casi al mismo tiempo y como si Dios la hubiese dotado del don de ubicuidad; ya no se encontraba su mirada severa y penetrante, que inspeccionaba tan pronto el aseo de la cocina, el trabajo de la costurera, el polvo que dejaban sobre los muebles y el estado de las provisiones de la despensa; no se oía ya su voz breve, que reñía con frecuencia y no elogiaba casi nunca; esta actividad devoradora parecía estar en vacaciones. Madama de Villiers parecía descansar en los ojos de Julia; no salía de su cuarto, excepto á las horas de las comidas, y, aún en estas, per-

manecía en una inacción asombrosa para los que la habían conocido. Durante el día no leía, aunque siempre había un libro abierto á su lado; no trabajaba, aunque el cestillo de su tapicería se hallaba al alcance de su mano; no se ocupaba de su casa más que por el ministerio de su nieta.

Esta no la dejaba nunca: rehusaba, á fin de hacer compañía á su abuela, las invitaciones de los parientes que tenían en Caen, y hasta los paseos al jardín, las partidas de juego que le proponía Jorge, y parecía complacerse en ese retiro, en esas ocupaciones serias y en la conversación un poco triste y misantrópica de madama de Villiers.

¿Había conocido la juventud la madre de León? ¿Había conocido las impresiones repentinas de la alegría, las alegres sonrisas, la necesidad de animación, la plenitud de vida, el descuido inocente que dan tanto encanto á la aurora de nuestra vida?

Podía creerse que no: había tenido un alma apasionada, combatida por principios fijos y rígidos, y esta lucha había dado á su carácter cierta aspereza mezclada de melancolía. Poco comunicativa, aún menos aprobativa, se mostraba reservada en la vida ordinaria; silenciosa y altiva, nunca su carácter y su fisonomía habían tenido el sello de melancolía que ahora llevaba impreso.

Julia en su abnegación ingénua, se multiplicaba al rededor de su abuela; su tarea de consoladora no era fácil; la pobre Cora, con la cual había hecho su aprendizaje, sonreía

muy pronto, en tanto que la frente severa de su abuela no era fácil de serenar. Menos accesible que nunca á la distracción, aun cuando León estaba á su lado y trataba de alegrarla, parecía, decimos, que miraba algún punto negro dentro de ella misma, y absorta en sus pensamientos, respondía apenas al hijo á quien adoraba, y no seguía la conversación sino con muchas distracciones.

Un día, Julia se había sentado á sus pies en un almohadón; había cantado, tocado el piano, propuesto un paseo, abierto la mesa de juego y no había podido obtener ni una sonrisa, ni una sola palabra de aquiescencia: después de un rato de silencio, dijo con voz afectuosa:

—Abuelita, ¿os acordáis de que el año pasado me ofrecisteis enseñarme á hacer malla? Mirad, he encargado á Ursula que me compre una aguja, hilo y un mallero, y ya espero la lección; cuando sepa bien haré un encaje para guarnecer cortinas para vos y una colcha para mamá.

Al decir estas palabras, puso sobre la falda de madama de Villiers los delicados útiles de su trabajo; ésta los tomó, los tocó y los dejó caer repentinamente, volviendo la cabeza; lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas, sin que pensase en enjugarlas, y en su semblante estaba impreso el sello de un amargo dolor.

—Abuelita, ¿qué tenéis?—exclamó Julia arrojándose de rodillas delante de ella y echándole al cuello los brazos.—¿Os he dis-

gustado?... ¿os he causado alguna pena? Hablad, ¡reñidme si es eso, abuela mía!

—Mi querida niña, —respondió madama de Villiers con voz quebrantada, —mi amada Julia, no has hecho ni dicho nada que no me sea agradable. Más, —añadió dejando caer sus manos en los hombros de la niña, —tengo una grande inquietud, y tú no puedes remediarla, hija mía... ¡tengo miedo de perder la vista!

—¡Oh... abuela mía!

Y Julia se echó á llorar también con desconsuelo.

—Sé razonable, hija mía; tu dolor aumenta el mío y me desgarrá el alma... ¡Oh, Dios mío... no verte más... no ver más á mi hijo!...

—Pero, abuelita, ¡si vuestros ojos son tan hermosos y tan claros!...

—Me duelen mucho, sin embargo, y cada día se debilitan más; ya no distingo sino con mucha pena las letras de los libros y los puntos de mi tapicería... Y además, Julia, ¡mi madre era ciega!

La niña levantó por instinto sus ojos hacia el joven y frescó rostro de aquella abuela muerta á los ochenta años, y cuyo retrato, hecho en su juventud, adornaba el salón. Su asombro fue grande al pensar que unos ojos tan límpidos y tan bellos hubieran dejado de reflejar la luz. madama de Villiers adivinó su pensamiento.

—A la edad que yo tengo ahora, —dijo, —fue cuando perdió la vista.

—Pero, abuelita, es preciso consultar á los

médicos de París, ir allá... La señorita de la Rochette dice que los príncipes de la ciencia están allí: ellos os curarán.

—Ya he consultado con ellos por escrito, hija mía, y no tengo ninguna esperanza.

—¡Mi buena, mi querida mamá! ¡ah! ¡qué triste estoy! ¿Y qué dice papá?

—El no conoce mi triste certidumbre, Julia; espera aún que esto no sea más que una leve indisposición pasajera. La casa será triste para él cuando se encuentre solo, porque una pobre mujer ciega no supone nada, ¡no es nadie!

Estas palabras arrancaron nuevas lágrimas á Julia: ella hubiera querido prometer su abnegación eterna á su padre aislado, á su abuela enferma, pero su madre la esperaba, la llamaba, ¡y solo á ella tenía en el mundo! Su alma se desgarraba entre aquel doble amor y aquel doble deber.

—Yo no he podido callar contigo, —prosiguió madama de Villiers, tomando á su nieta sobre sus rodillas, —quería explicarte el por qué estaba concentrada y triste, á fin de que no te lleves al irte un mal recuerdo de tu abuela; pero ahora es preciso que tratemos de ser fuertes, yo para sufrir, tú para verme sufrir. ¿Lo oyes, Julia?

—¡Yo no puedo! ¡tengo demasiada pena! ¡Padeceréis, y yo no estaré aquí! ¡Oh! —añadió la niña con un estremecimiento repentino y lleno de candor: —¡si mamá, que es tan buena, estuviese á vuestro lado, estaríais bien cuidada y bien consolada!

Madama de Villiers no contestó: su semblante tomó una expresión severa. Julia no se atrevió á proseguir, y su abuela sintió bajo su mano los latidos del corazón de la niña, que palpitaba como el ala de un pájaro asustado. Serenóse en seguida y respondió con dulzura:

—Cuando vuelvas á Caen, me remplazarás, cuidarás de la casa y crearás en ella algún bienestar para tu pobre padre. ¿Me lo prometes, Julia?

Esta se arrojó al cuello de su abuela, y en este momento, al sentir sus lágrimas y sus caricias, el alma altanera de madama de Villiers perdió algo de su tensión, nació en ella un pesar y dijo para sí:

—Yo hubiera debido quizá tolerar á la madre por la hija, más es demasiado tarde.

Y reteniendo á Julia en su falda, le dijo:

—No hables á nadie de lo que acabo de confiarte: no quiero entristecer á tu padre ni despertar en los demás una esteril compasión. ¿Me comprendes?

—Sí, abuela mía, pero á Dios le hablaré, ¡pues estoy muy triste!

Dios fue, en efecto, el único confidente de Julia, que era discreta por naturaleza y posición. El mismo Jorge, su confidente ordinario, no supo nada, aunque se quejaba algunas veces de la asiduidad de su amiga cerca de madama de Villiers y de que pasase largas horas en aquella habitación donde no se le invitaba á entrar. Decía que se fastidiaba en sus estudios y en sus paseos solitarios,

pues no veía á Julia más que á las horas de las comidas y cuando alguna vez bajaba al jardín por la mañana; la niña cogía en el jardín las primeras dalias y las últimas rosas, y la seguía llevando el haz de flores que Julia iba cortando para colocarlas en el comedor y en la habitación de su abuela.

—¿Vais también hoy á pasar todo el día en el cuarto de madama de Villiers?—le preguntó Jorge una mañana:—¡las vacaciones se pasarán sin que hayamos hecho siquiera una pequeña excursión al campo! ¡Es divertido esto!

—¿Os parece,—repuso Julia dulcemente,—que puedo dejar á mi abuela enferma?

Jorge tenía ya cerca de diez y siete años; era casi un hombre: en vez de ablandarse con la triste y suave sonrisa de Julia, se irritó y repuso con voz sorda:

—¡Muy dichosa es de estar enferma! ¡asi os guarda para ella sola!

—¿Cómo podéis hablar así, Jorge?

—¿Pensáis que yo también no tengo deseos de veros?

—¡No estáis enfermo, Jorge!

—¡Estoy triste, que es peor!

—¿Qué tenéis, querido Jorge? ¡Decídmelo! Os lo pregunto por afecto y no por curiosidad.

—Ya lo sé, mi buena Julia.

—¡Yo os creía muy dichoso en Saint-Cyr. Jorge se encogió de hombros.

—¿No estáis ya contento con ser oficial? Ya sabéis lo que en otro tiempo disputába-

mos acerca del uniforme; yo prefería los lanceros y vos los dragones.

—¡Buena locura es todo eso! ¡Ya he perdido la afición á todos los uniformes del mundo!

—¡No estáis ya contento en Saint-Cyr! ¡no queréis ya ser oficial! ¿Y qué dirá papá que se hizo rogar tanto antes de daros el permiso para entrar en la escuela militar?

La frente del joven se obscureció.

—Eso es lo que me inquieta, —dijo, —mi tutor me acusará de inconstancia, de ligereza y me obligará á estar otro año en Saint-Cyr, cuando le tengo horror!

Julia quedó estupefacta: no podía creer que se quemase tan pronto el ídolo que se había adorado.

—Mirad, Julia, —prosiguió el adolescente caminando con precipitación y con paso agitado; —yo ignoraba lo que es la vida común con gentes de carácter, de costumbres, de educación, de sentimientos opuestos á los nuestros; yo no sabía lo que era esa disciplina estrecha, inflexible, que regla todas las acciones de un día, sin dejar lugar un instante al libre albedrío, á la propia voluntad... ¡No puedo ya oír la trompeta y el clarín, que antes me alegraban! Me parece que esos sonidos roncós y estúpidos van á llamarme á las maniobras, á la teoría, á las comidas, á los estudios, cosas todas que me han dejado desagradables recuerdos.

—Pero eso os parecía muy hermoso en otros días, —observó Julia; —sólo os ocupa-

ba una idea, ir al Africa y volver coronel con la cruz de honor.

—Eso es muy hermoso, en efecto, —dijo Jorge con calma, —para los que tienen esa vocación; yo conozco todo lo que hay de nobleza y de abnegación en la carrera militar, pero... *cedant arma togæ*, Julia.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que en mí las armas han cedido á la toga; no quiero ser oficial, sino legista, he hecho estudios clásicos y podré ser abogado tan bueno como otros.

—¿Pero qué dirá papá? ¿Sospecha que habéis cambiado de afición?

—No; al principio yo traté de acostumbrarme; era el más nuevo en el colegio y mis camaradas hacían de mí el objeto de sus pesadas bromas, de lo que llaman *la novatada*... ¿No sabéis nada de esto, Julia? Figuroos mil chanzas, las unas groseras, las otras necias y todas irritantes, que deben, según dicen, formar el carácter del nuevo educando, y que le son infligidas por los antiguos, á la vista y con la tolerancia de los superiores.

—¡Pobre Jorge! —exclamó Julia con sincera compasión.

—Sí, me han fastidiado á su gusto y de ello me acordaré siempre. Terminada *la novatada*, he examinado, he reflexionado y me he convencido de que no sirvo para militar. Como á tantos otros, me ha dado vértigo el ver desfilar un regimiento llevando á la cabeza la bandera agujereada por las balas y los oficiales á caballo con la espada desnuda

y el pecho cubierto de cruces: las voces de mando, los clarines, la vista de esos rostros tostados que pasan, todo eso hace subir al cerebro una especie de embriaguez guerrera; mas la escuela con su prosa la disipa en los que no hemos nacido soldados.

—¿Y si os disgustáis también de vuestros nuevos estudios?

—¡No, os juro que no! Conozco un poco el derecho, me interesa y sería muy dichoso si pudiera dedicarme á él por completo.

—¿De veras?

Y Julia levantó el dedo con una amenaza amistosa.

—¡Palabra de honor!

—Esperadme,—dijo Julia;—voy á hablar á papá.

Corrió al gábinete de su padre, saltó sobre sus rodillas y en algunas palabras expuso la petición de su amigo Jorge. Monsieur de Villiers frunció el ceño.

—¡Un cambio!—exclamó,—¿por qué no ha reflexionado antes de entrar en Saint-Cyr? ¿No tenía tanto entusiasmo?

—Mi buen padre, Jorge está disgustado allí; no hará por eso nada bueno, y al contrario se tendría por dichoso siendo abogado!

—¡Eso es! ¡y después del derecho vendrá la medicina, y después, las ciencias, la literatura, el comercio, y cansado al fin, acabará por ser militar!

—No, papá; ya no cambiará; me lo ha prometido.

Julia defendió tan bien á su amigo, que su padre dijo por fin:

—Si Jorge quiere estudiar leyes aquí y sin poner los pies en París, consiento en ello. Julia volvió á participar al joven el resultado de su tentativa.

—¡Pero si eso es todo lo que deseo!—exclamó el adolescente,—¡no dejar yo á Caen! ¡vivir aquí, á donde venía cada año! ¡Oh, Julia! ¡Qué gratitud os debo!

—Venid á dar las gracias á papá,—dijo la niña.

Ambos corrieron á abrazar á León y cuando al día siguiente volvieron á hallarse solos, Jorge dió de nuevo gracias á Julia con efusión, y le dijo:

—Ya he preparado mis carpetas y mis libros, y mi tutor no tendrá que quejarse de mí; sería yo muy ingrato, en estos momentos sobre todo, si le diese algún motivo de contrariedad.

—¿Por qué más en estos momentos que en otros?—preguntó Julia.

—¡No debía haber hablado tanto!—dijo el joven con pesar.

—Mas ¿por qué?

—Pues bien, Julia; ya que he empezado á hablar, sabed que el comercio de vuestro padre ha sufrido un poco con pérdidas que no prevía; ahora se halla en una escasez momentánea; pero dentro de algunos meses todo estará reparado...

La llegada de la doncella de madama de Villiers interrumpió á Jorge; pero sus pala-

bras quedaron grabadas en la mente de Julia. Como todos los niños educados en la opulencia, no tenía una idea exacta de las penas materiales ni de las palabras que las representan. La palabra escasez, entre otras, le parecía encerrar un abismo de males, y excitó en su corazón la más tierna, la más respetuosa compasión hacia este padre, que luchaba así con las dificultades de la vida y que hallaba aun medio de ser dulce y cariñoso para ella; mas no se atrevió á hablarle de sus inquietudes, ni tampoco á su abuela; limitóse á manifestarles con doble ternura y cuidado las alarmas de su cariño.

Cada viaje había acrecido el amor de los padres por aquella niña, que hallaban cada viaje más amable; su abuela, sobre todo, más triste, más aislada que antes, veía llegar con dolor el momento que la separaría por un año de ese amor atento, de esas caricias candidas y tiernas que eran como un rayo de luz en su noche.

—¡Ya estaré ciega del todo cuando vuelvas!— le decía con tristeza.

—¡Si pudiera quedarme! Pero mamá, que está tan sola, me espera y me desea... Os leo todas sus cartas, abuelita mía, y ya sabéis cuánto me quiere.

—¡No trato de usurparla sus derechos!— respondió madama de Villiers con alguna amargura;—y no obstante, Julia, le haces menos falta que á mí.

Todos pensaban lo mismo; todos hubieran querido retenerla, y el padre, la abuela y el

amigo de la infancia sintieron correr sus lágrimas cuando Julia les dió el abrazo de despedida y les envió por la portezuela del coche sus últimas promesas, sus últimas palabras de amor, y su último y dulce beso en la punta de sus rosados dedos.

—¡Por un año!—dijeron todos. Y un pesar silencioso penetró en el alma de los que habían permitido que aquella flor fuese transplantada bajo otro cielo.

Carolina á quien aquellos dos meses habían parecido dos siglos, recibió á su hija con delicias, y Julia, que había llorado durante el camino, halló de nuevo su alegría y su sonrisa al hallarse entre sus dos madres.

El primer día se pasó todo en conversación; Carolina, que era dichosa, compadeció á la madre de su esposo, y dijo volviéndose hacia la señorita Esther:

—Si yo estuviese á su lado, quizás ahora nos entenderíamos mejor; no me costaría absolutamente nada ceder en todo á una persona enferma.

Al día siguiente, cuando Julia se halló sola con su madre, le habló aun de su viaje, y dejando desbordar de su corazón el secreto que llevaba desde hacia tres semanas, dijo confiadamente á su madre lo que Jorge le había revelado.

—¡Papá está en la escasez ¡Si supieras, madre mía, qué daño me hace esta idea!... Muchas veces le veía pálido y triste, trabajando sin descanso todo el día, y una vez que me levanté muy temprano vi luz en su des-

pacho y la sombra de papá que se paseaba con aire muy abatido...

Esas palabras que Julia no pudo acabar sin derramar algunas lágrimas, despertaron en el alma de Carolina una súbita simpatía. ¿Era por la hija, ó por el padre? Ella misma no hubiera podido decirlo. Reflexionó durante largo tiempo, acariciando los cabellos de Julia, reclinada en sus rodillas, y, levantándose después, se sentó de nuevo delante de su buró, tomó pluma y papel, escribió algunas líneas, borró, volvió á empezar y alargó por fin á Julia la carta siguiente:

Caballero: He sabido que numerosos quebrantos, que pérdidas sucesivas pueden hacerlos experimentar algunas dificultades en vuestros negocios, y deseo poner en vuestras manos una suma de la que puedo disponer. Hoy escribo á mi notario de Caen que esté pronto para confíarosla á vuestro primer aviso. Dignaos no rehusar; aceptad este pequeño servicio sencillamente, como lo recibiríais de un amigo. En caso necesario os lo pido en nombre de Julia. Nuestra querida hija ha traído un viaje feliz y os escribirá mañana. Espero de vos una respuesta afirmativa, que me dejará vuestra obligada,

CAROLINA.

—¿Estás contenta, Julia mía?—preguntó Carolina luego que su hija hubo acabado de leer.

—¡Ah, mamá, qué buenas eres! ¡Ahora

verán si eres buena! ¡Qué contenta estoy y cuán agradecida!

Carolina sonrió, en tanto que su hija le besaba las manos con efusión.

Pocos días después madama de Villiers recibió una carta que abrió con emoción; el sello y la letra le recordaban el tiempo en que su corazón palpitaba al oír el paso del cartero y en que recibía con una alegría tímida y llena de esperanza las misivas de su prometido.

¡Cuán lejos estaban aquellos días! ¡Cuántas sombras habían pasado sobre aquellos primeros rayos! Y no obstante, ella no había podido olvidar ni ser insensible al destino de León; Julia, colocada entre ellos, los unía aún...! y más que nunca. Carolina lo había comprendido así al ver llorar á su hija por las inquietudes de su padre.

La carta decía así:

Caen, noviembre de 18...

Vuestra carta, Carolina, me ha conmovido profundamente, y quiero expresaros mi sincero reconocimiento. No me atrevería á rehusar vuestro cordial ofrecimiento; y acepto por seis meses el préstamo que tenéis la bondad de hacerme, y que no correrá ningún riesgo en mis manos. Ya he dado respecto á esto explicaciones y garantías á vuestro notario.

Veó que mi querida Julia se ha preocupado profundamente de un poco de tristeza que no he podido ocultar, y que explican á la vez los cui-

dados del comercio y el pesar que me causa la enfermedad creciente de mi pobre madre. La vida, al avanzar, no se hace más risueña. ¡Ojalá no tengáis vos de qué quejaros, y ojalá nuestra adorada hija sea tan dichosa como merece!

Contestaré muy pronto su amable carta. Soy, Carolina, con sincera gratitud vuestro afectísimo.

LEÓN DE VILLIERS.

Carolina comunicó esa carta á su hija y leyó en aquel rostro cándido un profundo enternecimiento, que ella no procuraba tampoco ocultar. Su alma, como una agua transparente, no ocultaba nada, ni sentimientos ni pensamientos; ¿qué tenía, por otra parte que disfrazar? Ninguna de las afecciones de su corazón exigía el misterio, amaba libremente, y á la luz del día, dejaba ver á su abuela cuánto quería á su madre, y jamás había ocultado á Carolina el amor y la simpatía que la atraían hacia su padre. Toda su diplomacia consistía en la sencillez, y sin saberlo, poseía la habilidad de ciertos políticos que consiste en no tener ninguna.

La inquietud que Julia había traído de Caen se había disipado; la carta de su padre la tranquilizaba acerca del presente y del porvenir, y volvió á su vida acostumbrada, llena de dulzura en su monotonía. Trabajaba, estudiaba con mademoiselle de la Rochette, paseaba también con ella, porque madama de Villiers no gustaba de andar, y temía ade-

más los ataques del frío, de la lluvia y del viento; pero por la noche, la madre y la hija no se separaban, se leía un poco, se hablaba mucho y la señorita Esther, que tenía en el alma un ardiente amor á los pobres, trabajaba para ellos y hacia trabajar á su educanda.

Siempre había alguna miseria nueva sobre el tapete; ya era una envoltura para un recién nacido, un vestido ó una blusa para el niño que iba á entrar en la escuela, una camisa para un enfermo, unas medias para un anciano. Carolina proveía de telas, Julia ponía el trabajo y la institutriz lo daba al más necesitado; era una asociación encantadora é inocente en provecho de la caridad.

Pasábanse las noches muy rápidamente; algunas veces las familias amigas de madama de Villiers iban á tomar el té y llevaban á ese interior apacible y un poco melancólico los ecos lejanos del mundo, de sus ruidos y de sus fiestas; pero esas voces de sirenas que de ordinario encantan á las jóvenes, no hallaban el camino de los oídos ni del corazón de Julia; aquellos y éste estaban abiertos hacia otro lado, y siempre atentos para escuchar esas dulces voces que dicen: deber, amor, unión, y que tienen necesidad de silencio interior para hacerse oír.

Poco importaba á Julia que Estefanía, que tenía algunos años más que ella, fuese á un baile ó causase efecto en él; que la bella voz de Amelia se atrajese las alabanzas de los inteligentes; que hubiera muchos ado-

radores alrededor del dote de Luisa; ella no envidiaba los triunfos de las unas ni las riquezas de la otra, y cuando su pensamiento se separaba del círculo querido que rodeaba la mesa del salón, era para volar hacia Normandía, y para detenerse al lado del sillón en que pasaba la abuela largos días solitarios, ó cerca del buró en que León velaba solo, con la frente sombría y plegada bajo los cuidados de la vida.

A tantas afecciones como llenaban la vida de Julia se había unido otra nueva; amaba con amistad, por la primera vez, y es un sentimiento muy vivo el que va por la primera vez á un corazón amigo que le responda fuera del hogar doméstico; su prima Margarita, que Julia había preferido siempre á todas las demás, había llegado á ser su amiga, su émula, pero no su confidente.

Julia no tenía más que un secreto; deseo misterioso sepultado en el fondo de su alma y del que solo hablaba en la oración. Mencionar ni aun á su mejor amiga la división de sus padres, estaba en oposición con todas las delicadezas de su alma.

—¿Qué pensáis de la amistad que Julia siente hacia su prima?—decía á Carolina mademoiselle de la Rochette.

—¿Que la apruebo con toda mi alma! Yo he padecido demasiado en mi primera juventud por el aislamiento en que vivía para no desear evitar á mi hija esa pena, para no anhelar que forme hoy relaciones que la seguirán más tarde. Es muy dulce poder de-

cir á alguno: ¿Te acuerdas? pero vos misma, ¿qué pensáis de Margarita?

—Nada que no sea muy bueno; es piadosa, modesta, y además tiene un conocimiento de la vida práctica que le falta á Julia.

—Sin duda, Margarita es la mayor de sus siete hermanos, y puede decirse que es una madre por la previsión y la prudencia.

—Una sola sombra hay en el cuadro,—observó mademoiselle de la Rochette. Margarita es la mayor de sus hermanas, pero tiene un hermano mayor que ella, ese gran Felipe... ¿No teméis nada, Carolina? ¿No sería posible?...

—Julia no tiene aún quince años,—respondió madama de Villiers,—es demasiado niña para que ese joven pueda pensar en ella; pero en todo caso, Felipe es conocido, pertenece á una familia que la ama, y este casamiento la fijaría para siempre á mi lado. ¿No os parece que es un buen partido el que reúne estas circunstancias? Ya había pensado en esto, querida amiga; creo que las ventajas son más que los inconvenientes. ¿Por qué he tenido yo tantas penas? ¿Por qué me he hallado en una situación excepcional? Porque era extranjera, y no tenía amigos... ¿No sería, pues, locura el rehusar á Julia probabilidades más favorables? Yo repito lo que decía una mujer célebre: *¡Obligaré á mi hija á casarse por inclinación!*

—En efecto,—dijo la señorita de la Rochette,—esa es la única dicha verdadera, y

Julia sabrá comprenderla. ¡Tiene un alma tan amante y tan pura! ¡Que Dios le dé la gracia de elegir bien!

—Somos dos para velar por ella,— dijo Carolina estrechando la mano de su amiga.

Julia no sospechaba las preocupaciones de que era objeto; se interesaba por todo lo que concernía á Margarita; desde Felipe el hermano mayor, á quien costaba mucho trabajo estudiar derecho, hasta el pequeño Claudio, que con gran dificultad echaba los dientes, todos merecían su afecto en aquella familia; Claudio le interesaba tanto por lo menos como Felipe.

Margarita tomaba muy por lo serio su papel de hermana mayor; tenía la gravedad, la previsión, los cuidados de una verdadera madre de familia. La suya, que estaba enferma, se levantaba tarde, y ella era la que vestía, lavaba y peinaba á los más pequeños, los hacía rezar la oración de la mañana y les daba de almorzar. Durante el día y en los intervalos de sus lecciones, cosía y secundaba á su madre en los cuidados de la casa; por la noche tomaba de memoria la lección á los colegiales y la gramática á las niñas antes de llevarlos á cenar.

Si los pequeños, que cuidaba con un afecto enteramente maternal, la preocupaban, Felipe, el mayor, era para ella objeto de una especie de culto. A sus ojos nada había más hermoso, más amable: como todos los seres demasiado amados, le causaba algunas veces vivas y punzantes inquietudes,

porque Felipe no era aplicado ni razonable. Cuando su madre hablaba de esto, Margarita suspiraba, y su padre menos tierno, fruncía las cejas.

Julia seguía á su amiga á través de esa existencia activa, que la iniciaba poco á poco en los sufrimientos y en las tristezas de la vida; su corazón afectuoso padecía con las penas ligeras ó graves que affligian á Margarita; la enfermedad de uno de los niños, el estado de languidez de su madre, la pereza de una hermanita, las travesuras de un hermano pequeño, y sobre todo, las locuras de Felipe; cuando éste volvía por la noche tarde, cuando había disgustado á su padre, Margarita le reñía dulcemente, y Julia, tomando también un aire grave, levantaba el dedo y decía:

—¡Ah, señor Felipe! ¡no está bien el que causéis pena á mi buena Margarita! ¡Un futuro notario!...

Pero le dirigía esta reprimenda con el mismo tono y con la misma indiferencia con que decía á Claudio:

—¡Estate quieto, niño, estate quieto! ¡no hagas tanto ruido!

Los días, las semanas se pasaban así, ligeros y tranquilos; fáciles deberes, santos afectos, dulces estudios ocupaban el curso del tiempo; una sola idea triste y abrumadora venía con frecuencia á la memoria de Julia, la de su abuela enferma; y las cartas de León, sin apoyar sobre este penoso objeto, dejaban entrever que la situación de ma-